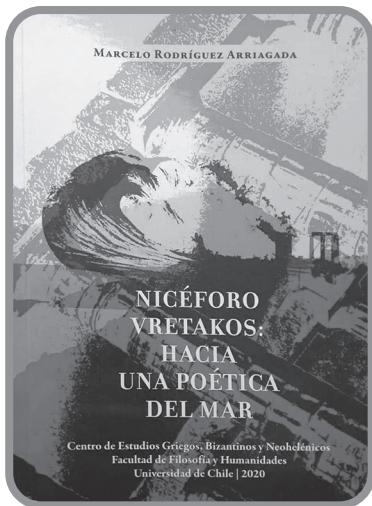


“Nicéforo desde una ola a otra”. Notas sobre *Nicéforo Vretakos. Hacia una poética del mar*

Marcelo Rodríguez Arriagada (2020)

Santiago, Ediciones del Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos, Universidad de Chile, 129 pp.



Nicéforo Vretakos. Dejo que se demoren en mi boca las letras de su nombre en griego y, al pronunciarlo con lentitud, la potencia de su incantación forma sobre el papel el navío que se aloja en la sonoridad salina de su lengua. “No hay fragata como un libro para alejarnos de la tierra”, dice el epígrafe de Emily Dickinson que Marcelo Rodríguez dispone en la antesala de este viaje que nos conduce a *la mar* que los helenos nos enseñan a cantar en femenino. *Thalassa*, su “fragoroso sonido”, “se escuch[a] por primera vez (...) en el verso 34 del canto I de la *Ilíada*”, apunta Rodríguez,

rememorando “el rumor de olas” y “los aromas de salitre y yodo” que impregnán la experiencia literaria de este “territorio ‘empapado’ por el océano” (p. 83). Si el mar ha irrigado a la literatura, si los movimientos de mareas y tempestades atraviesan la escritura de narradores y poetas, desde las sirenas de Ulises hasta la ballena de *Moby Dick*, desde las olas del Génesis hasta las olas de Virginia Woolf, en el caso de Grecia son incontables

los vestigios que deja este elemento primordial en los textos nacidos entre sus costas. En *Aquel vivir del mar*, libro que también va tras las estelas que deja el mar en la poesía griega, Aurora Luque lo reafirma: “Toda la literatura griega está penetrada por el mar”; “Si amputáramos la presencia del mar, la poesía griega quedaría descolorida y casi muda”; “La palabra de los poetas griegos está impregnada de humedad marina, preñada de luz, de salada claridad, tintada en todos los azules. ¿Zarpamos?” (2015, pp. 9, 11).

La poeta y traductora española, nacida en Almería, comparte con Marcelo Rodríguez su pasión por Grecia, por *esa* mar. Así lo confiesa en su poemario *Carpe noctem*: “Me punza una emoción tan anacrónica, / un penoso latir, hondo y absurdo, por ese mar. Por ese sólo mar. Busco una dosis de mares sucedáneos. Cómo podría desintoxicarme. Dependo de por vida / de una droga. De Grecia” (Luque, 2007, p. 79). En su poema “Nomenclatura naútica”, recordando el momento en que aprendió a leer la palabra *mar*, la escritora apunta: “A otras cosas quizá las atrapa el lenguaje / y caben, cómodas y ajustadas en sus nombres. / El mar no es una de ellas” (Luque, 2023, p. 31). En sus “Notas para una poética del mar”, Rodríguez atisba en clave materialista esta desmesura, sopesando su gravedad y su ligereza, haciéndonos rozar lo que el mar oculta en su fondo. Con Vretakos como compañero, nos enseña el arte de la lectura de lo que se mece y remece en esas aguas. Así lo expresa el poema “Mi libro escolar”, de Vretakos, en su traducción: “Mi libro escolar / olvidé aquí / arrojado en tu arena y te leía. / Me enseñabas / la grandeza del color / de la luz y del sonido, / me formabas, mar, el alma. / Para que también enseñara yo / cuando fuera al mundo” (Rodríguez, 2020, p. 149).

Miguel Castillo Didier nos recuerda en el prólogo de este libro las diversas inflexiones con que se ha nominado la escritura de Vretakos: “poeta del amor, poeta de la ternura, poeta de la paz, poeta de la justicia, poeta de la pureza, poeta de la naturaleza” (2020, p. 15). Marcelo Rodríguez nos invita a sumergirnos en su *poética del mar*. Lo hace con la “delicadeza” con que la abeja entra en el lirio, con un sutil temblor de alas, batiendo un

deseo intenso, pero ligero, para no doblegar sus pétalos. La imagen de la abeja y el lirio, Rodríguez la toma de Gabriela Mistral, de sus *Motivos de San Francisco*. Allí, Mistral escribe:

Una abeja se ha entrado en un lirio. Se sacudieron un poco los pétalos y ella penetró en la corola. Hace un pequeño rumor, y el lirio se mece (...) Yo quiero, Francisco, pasar así por las cosas, sin doblarles un pétalo. Que quede solo un rumor dentro de ellas y la suavísima remembranza de que me tuvieron (1965, p. 93).

Dice Rodríguez que “en el caso de Vretakos, la palabra ‘poética’ se ‘ajusta’ a las cosas como la abeja que entra en un lirio” (2020, p. 71). Así también él *ajusta* su prosa, para que podamos acompañar al *poeta-niño* que aprende a leer el mundo en el humilde caserío de Plúmitsa, modelando sus primeras letras con la arcilla del monte de Táigueto: “No era un monte. Era el primer poema / que leí al abrir los ojos, / el primer amigo mío / que lindaba con la luz. / Y por eso / cambié de nombre al monte amor por Táigueto”. Comentando este pasaje de su *Confesión crepuscular* (Vretakos, 2001, p. 20), Rodríguez nos aproxima a ese primer *encuentro* de Vretakos-niño con la materia (toda la vida del poeta *gravita* alrededor del Táigueto), haciéndonos partícipes de su don para recorrer con nuevos ojos el libro de la naturaleza, trocándolo luego en “realidad poética”, en gratitud por las cosas, por lo que ellas ofrendan, incluso en el dolor. “Para transitar los ‘pantanos’ descubiertos en la infancia, para vérselas con el dolor, Vretakos halló un ‘segundo mundo’”, escribe Rodríguez (2020, p. 26), recuperando la expresión acuñada por Orhan Pamuk. Este mundo que nos devuelve la poesía, agrega, “no es un ‘mundo paralelo’, que permite ‘evadirnos’ de la realidad, sino la realidad, pero secreta, como es la de la gravedad de las cosas. El sentimiento poético, más que la imagen, oye las diferentes *formas de pesar* sobre el mundo” (2020, p. 27). “Mis versos”, dice Vretakos, “se parecen al peso del alba sobre las margaritas” (1997, p. 51). “Naturaleza

es lo que vemos”, escribe esa otra gran poeta de la naturaleza que es Emily Dickinson (p. 39), cuya escritura relumbra con generosa complicidad entre otras en este libro que hermana el viaje y la lectura. Dice Dickinson, pero tambien podría decirlo Marcelo Rodríguez: “Es todo lo que hoy tengo / para traer. Esto y mi corazón. / Esto y mi corazón, todos los campos y las vastas praderas (...) / Esto y mi corazón y las abejas que habitan en el trébol” (2019, p. 10). Leyendo a Vretakos, Marcelo Rodríguez nos acerca su corazón, el de él y el del poeta, encontrándose como la abeja y el lirio, para dejarnos oír el peso y la levedad de las cosas y la realidad secreta del mar, de *esa* mar. Una fuerza acuática revolotea en estas páginas, como dice Tagore que revolotean los sueños por los ojos de los niños. Rodríguez vuelve a los versos del poeta bengalí, congregándonos junto al mar con la sapiencia jovial de los niños que se reúnen en las playas, sin buscar apresar los tesoros que este esconde: “En las playas de todos los mundos los niños se reúnen, gritando y bailando. (...) En las playas de todos los mundos se reúnen, en una fiesta grande, todos los niños” (Tagore cit. en Rodríguez, 2020, p. 87). De Vretakos, nos extiende en este libro la traducción de su último poemario publicado en vida, *Encuentro con el mar*, para escuchar al poeta anciano que le habla así a sus aguas: “Soy un anciano y soy un niño. / El anciano lo dejé atrás / y traje aquí al niño, para que entre / al agua (...); “Mucho reflexioné al lado tuyo, mar (...). / Un ovillo / de sabiduría tu gota. Un ovillo de sabiduría / la vida. / Un ovillo de sabiduría que no se despliega, el universo” (Vretakos cit. en Rodríguez, 2020, pp. 177, 169).

Marcela Rivera Hutinel

Académica Titular Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación,
Investigadora avanzada Centro de Desarrollo de Investigación (CEDI-UMCE).

ORCID ID: 0000-0002-7456-105X



Referencias bibliográficas

- Dickinson, E. (2013). *50 poemas*. Traducción de Amanda Berenguer. Montevideo: Biblioteca Nacional de Uruguay.
- . (2019). *En mi flor me he escondido. Antología*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Luque, A (2007). *Carpe amore. Antología*. Selección y prólogo de Ricardo Vittaneo. Sevilla: Renacimiento.
- . (2015). *Aquel vivir del mar*. Barcelona: Acantilado.
- . (2023). *Las sirenas de abajo. Poesía reunida (1982-2022)*. Barcelona: Acantilado.
- Mistral, G. (1965). *Motivos de San Francisco*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.
- Rodríguez, M. (2020). *Nicéforo Vretakos. Hacia una poética del mar*. Santiago: Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos Universidad de Chile.
- Vretakos, N. (1997). “Mis versos se parecen”. En *Poesía griega moderna*. Selección, traducción, prólogo y notas: Horacio Castillo. Buenos Aires: Instituto Griego de Cultura.
- . (2001). “Confesión crepuscular”. En *Ochenta y un poemas. “El carro dorado”*, Selección, traducción, introducción y notas: Miguel Castillo Didier. Santiago de Chile: Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos “Fotios Malleros”.